

Cartas Levantiscas (IV)

Alcalá de Henares, 18 de diciembre de 1995

Querido amigo:

Entremos directamente en materia porque mi anterior sirve de proemio y no me quiero dejar nada en el tintero.

No creas que me justificaba: conviene no confundir una declaración de principios con meras excusas. Al escribir, sólo se le rinden cuentas a la conciencia y al idioma que practicamos. Ante la cuartilla en blanco, se está más sólo que un capitán de barco en una tormenta.

Una vez más te interesas por mis quehaceres culturales. Te lo diré sin rodeos: he descubierto el Oriente, el infinito del horizonte. Llevo inmerso en *Las mil y una noches* unos tres meses, y me quedan muchas noches por delante. Los cuentos que tejía Schahrasade poseen el encanto de la literatura oral recién vertido a la letra. Su perfección no es obra de un solo autor, sino de miles de febriles artesanos que se recreaban en el placer de contar.

La literatura deviene un placer inefable cuando, juntos, el autor y el lector olvidan su individualidad y se pierden en la dicha de ser todo lo contingente y lo necesario, el sol, las estrellas, el mundo, los hombres con todas sus venturas y calamidades: el universo en definitiva. Desde la primera lectura, he estado convencido de que la suma de todo lo humano está contenido en los hexámetros de la *Ilíada*.

Los autores contemporáneos, con su inmenso egoísmo, juegan a ser los únicos dioses en sus universos de ficción. El lector de hoy se siente excluido, marginado por una literatura que, no sólo ha dejado de entender, sino que lo considera un elemento prescindible. Este desdén no se comprueba únicamente en la literatura más elaborada, también resulta manifiesto en la literatura destinada al consumo popular. No cabe concebir nada más artificial e inhumano que los productos que se entregan al vulgo para su esparcimiento. Muertas la poesía, el arte y la música populares, ahora puede desencadenarse la barbarie alfabetizada por el ministerio del

ramo.

Una cultura sin raíces ni cabeza, esto es, sin élites cultivadas, tiene los días contados.

No tenía intención de declamar, caro amigo, así que vuelvo al tono normal. No hablaré de política, como me niegas, más por aburrimiento que por disconformidad con mis tesis, es de esperar. Si los asuntos públicos ya no guardan relación con el civismo, me callaré para siempre. Permíteme, sin embargo que, alccionado por mis lecturas arábicas, te cuente una fábula oriental.

Ha llegado a mis oídos que hubo una vez en Bactriana una ciudad donde, al morir el Rey sin descendencia, éste designó Sultán a un joven visir que, en vida, había sido su mano derecha.

Fastiado sin duda prematuramente de su dignidad, el Sultán entregó el gobierno de la ciudad a los visires de su confianza. El primero, oscuro comensal de la corte del viejo Rey y hombre sin carácter, pronto se retiró del cargo, alegando motivos de salud. El segundo visir, hombre soberbio y poco temeroso de Dios, se dio en agasajar a la plebe y en esquilmar las arcas de la ciudad. Los cadíes murmuraban pero el visir desafiaba al Sultán y a las leyes, apoyado por los mercaderes y el pueblo.

Rehén la ciudad del poder arbitrario del visir y el visir de su propia ambición, la locura se apoderó de todos.

Dicen que el visir es ahora rey y que recorre las murallas de la medina hablando sólo bajo el sol de mediodía; que el campo yace agostado y la plaza del mercado ha enmudecido; la guardia del palacio asalta a los viajeros; las entrañas de las mujeres están secas; cunden la rapiña y la delación; y los gemidos de lamentación que se despiden de los muros de la ciudad de la Bactriana no llegan a los oídos del Califa de Bagdad. Quien vuela la espalda, es abandonado por Alá. (Azora, 57,24)

Espero que te haya gustado. Te recuerdo que me debes una carta muy larga, porque últimamente tus cartas parecen telegramas. Me despido sin más, deseándote felices fiestas. Tu amigo,

Víctor Vázquez